

MUJERES, UN CANTO A LA LIBERTAD.

RUBEN ROJAS,

CAPITULO DOS. NIETOS POSTIZOS EN ACCIÓN

Don Diego cumplió ochenta y tres años, el mismo día y la misma hora en que se celebra el nacimiento de un nuevo año. Conservado extraordinariamente para sus largos años, este descendiente de españoles de modales refinados era un reconocido empresario del rubro minero. Además, de director de varias empresas. También era dueño de extensas plantaciones dedicadas al rubro forestal y, como no, socio preferente de un exclusivo club de empresarios e industriales del país.

Su amada esposa, la señora Trinidad del Pilar con su clásica naricita respingada como cohete para el cielo, como son la mayoría de las damas de su abolengo y árbol genealógico, provenía de una familia numerosa, destacándose entre ellos, banqueros, empresarios, y obviamente políticos, ubicados estratégicamente en las diferentes trincheras ideológicas del país, y como no, sacerdotes, monjas, abogados y doctores.

Después de su comentado y publicitado casamiento, inició su rol de eterna socialité. Frecuentemente aparecía fotografiada junto a otras iguales a ella, en las páginas sociales de los medios de comunicación más importantes de la capital. Asimismo, era una entusiasta jugadora de bridge, creadora y socia de importantes fundaciones de beneficencia, coleccionista de bonsáis y artesanías realizadas por manos de pueblos originarios.

Don Diego o Dieguito, como lo llamaban sus más cercanos, narraba con seriedad y simpatía inigualable que desde que recibió su primera nalgada, se le instruyó celosamente en el arte de continuar acrecentando los bienes de la familia. Por lo que

sus juegos de niños consistían en recitar de memoria, nombres de países europeos con sus respectivas monedas.

Debía memorizar soporíferas poesías para declamarlas en eventos familiares o en los actos que realizaba el colegio. No contento con ello, debía aprenderse cada cuatro días, el significado de dos palabras nuevas en el diccionario y anotarlas en un cuaderno especial para ese fin. Como si esto fuera poco, debía practicar violín dos veces a la semana: “Porque, hijito mío – un día le dijo su padre–, yo, tu progenitor que tanto te quiere, cerré un excelente negocio ejecutando en ese bendito instrumento, la Sinfonía número ocho en sí menor, D. 759, Inconclusa de Schubert, logrando cautivar el alma y los esplendidos bolsillos, de un acaudalado italiano, amante de la música clásica.

Es necesario decir que nunca se alegró con la delicia de enrollar y lanzar al vacío un trompo, para luego, ubicarlo diestramente en la palma de su mano y ensimismarse con su frenético baile. Tampoco tuvo la oportunidad de que su regia madre le confeccionara una bolsita de género para arropar diversos tipos de bolitas. No izó a los aires, chonchos, ñeclas y volantines, ni tuvo el gusto de huir asustadísimo de un vecino suyo, a punto de atraparlo, porque le machacaba el timbre de su casa día por medio.

Desde que frecuentó la escuela básica, aparentó ser un viejo chico vestido de plomo. Su rostro era impenetrable, como esos jarrones de loza chinos que no comunican nada. Desde pequeño, agregaba a su nariz, unos antiestéticos lentes de aumento. Solo se le veía reír con grandes carcajadas, cuando se dejaba ver por su casa, el tío oveja negra de la familia, el pintoresco tío Efraín. Él le narraba en esos tiempos, extravagantes historias que se hilaban en países tan lejanos y exóticos para nosotros, como son la China, India y Tailandia.

A la Trinidad del Pilar, la internaron desde muy pequeña en un renombrado colegio para que dominara el arte de tejer, bordar, urdir y poner cubiertos en el orden indicado. Además, de recitar poesías blancas, aprender francés, y, por cierto, como no, conseguir y mantener en el tiempo, un esposo de su mismo nivel social o mejor aún.

Desde luego que la llegada de los nietos postizos a la mansión, fueron anunciados con voz de falsete, por el mayordomo de la regia casa. Era un señor rechoncho, soltero por elección, de hablar pausado y entendido de sobremanera en la tarea diaria de complacer a sus empleadores. Su mayor felicidad consistía en ir los domingos a los rotativos del centro, para llorar sufridas películas mexicanas.

Estaba en lo cierto Tránsito Antonia de que sus dos recomendados simpatizarían 10 de inmediato con sus patronos. Don Diego y la señora Trinidad, saltaron de sus mullidos sofás, para recibirlos amorosamente, obsequiándoles una cordial bienvenida.

- Mucho gusto, señora. Mucho gusto, señor —balbucearon al unísono los dos, al tiempo que deslizaban sus pequeñas manos para saludarlos con la cabeza inclinada.
- Bienvenidos a nuestra casa. Deseamos de todo corazón que estas dos semanas que vamos a estar juntos sean de provecho, tanto para ustedes como para nosotros —fue el amable saludo que don Diego les prodigó a sus nuevos nietos postizos.
- ¿Cómo se llaman?
- Yo, José Miguel Quintupray Huenchumilla, para servirles.
- Yo, Gustavo Orlando González Farías, también para lo mismo que palabreó anteriormente mi amigo.
- Qué monada de niñitos son estas creaturas —habló la madame—. Tránsito Antonia, por favor, lleve a estos niñitos tan livianitos de sangre, al comedor y prepárele en el acto, un contundente y motivador desayuno, para que pronto iniciemos el trabajo que nos convoca.

Los ancianos no contaban con ninguna experiencia en nietos postizos. Su único hijo falleció cuando alcanzaba apenas veinte años, piloteando un parapente en un cerro de la capital, sin tener los conocimientos necesarios para realizar ese tipo de deporte extremo.

Después de un suculento desayuno, los contratados se encontraban expectantes esperando instrucciones de cómo debe comportarse un buen par de nietos ficticios.

Demás está comentar que los niños estaban impresionadísimos con la inmensidad del caserón, la hermosa decoración de sus habitaciones, y el barrio en que este estaba inserto. Llenos de árboles por todas partes, con tanto canto de pajaritos de coloridos plumajes. Amén del césped, recién cortado exhalando su aroma inconfundible; de flores de todos los tipos imaginables, encantadas de sostener animadas conversaciones con abejas y otros insectos que las frecuentaban.

Tránsito Antonia los llevó de las manos al cuarto de estar principal, instalando sus seguras manos en los hombros de ellos, otorgándoles, confianza y ánimos.

Una vez dentro del salón, Gustavo quedó impresionado y enmudecido de cómo le tintineaban armoniosamente —al desplazarse la regia señora por el salón— los finísimos collares de oro, las pulseras de platino y los aros de lapislázuli que, irremediablemente rememoró a la rubia de Arica. Esa que estaba seduciendo y revolucionándole la virilidad de su enamorado padre. Esta mientras más bamboleaba sus joyitas de latas pintadas, más irritaba sus oídos.

- Bueno niños, comencemos. Quisiéramos explicarles con mi distinguida señora, en qué va a consistir este trabajo. Me presento formalmente, mi nombre es Diego y el de mi querida esposa, Trinidad.
- Es nuestra obligación contarles que nuestro único hijo falleció en un terrible accidente, dejándonos un inmenso vacío por su inesperada partida. Acompañada de una profunda tristeza porque nunca tendremos el privilegio de acariciar un nietecito propio, como tanto lo habíamos anhelado con mi marido. Como ustedes pueden distinguir a simple vista, nos va quedando poquito tiraje en la chimenea. Por esa razón, le solicitamos a nuestra benéfica Tránsito Antonia, que nos acercara dos nietecitos postizos, para cumplir nuestros sueños de tantos años, de ser abuelitos, aunque fuera por diez cortos días —añadió tristemente la dueña de casa.

- Para optimizar y rendir el tiempo, preparamos una serie de actividades, las que pueden ser modificadas por ustedes, en cualquier momento. Ya conocemos sus nombres y le dimos las gracias a Tránsito Antonia por ustedes, por ayudarnos a cumplir nuestros sueños. Les rogamos que, por favor, se sientan como en casa —agregó don Diego.
- Para comenzar, quisiéramos preguntarles qué actividades realizan en un día común y corriente —inquirió amablemente doña Trinidad.
- A nosotros nos gusta de sobremanera ir al aeropuerto principal para observar aviones, viendo cómo estos despegan y aterrizan —respondió José Miguel.
- Excelente manera de ocupar el tiempo. ¿Y qué más le agrada hacer? —interrogó don Diego.
- Otras veces nos dirigimos a la línea del tren, para alisar monedas y tapas metálicas bajo sus potentes ruedas —acotó risueñamente, Gustavo.
- ¿Y se podría saber qué les agradaría realizar con nosotros? —preguntó doña Trinidad.
- Lo que ustedes nos manden. La señorita Tránsito Antonia nos realizó como una “introducción laboral”, y lo que más enfatizó fue que teníamos que complacerlos en todo.
- Miren, aquí tengo un ayudamemoria de lo que ella nos introdujo —José Miguel, hace el ademán de llevarse la mano al bolsillo trasero del pantalón para enseñarles el papel, pero doña Trinidad, cariñosamente lo impide—. Ahora, entrando en confianza y si me preguntaran a mí, claro que nos encantaría conocerlos más, también contarles de nosotros, pero creo que lo más importante de la vida, creo yo, es que todos soltemos cataratas de carcajadas, contándonos anécdotas y chistes. En el fondo, echar la talla, como decimos en la toma.
- Eso sí, ojo, pestaña y cejas, sin que falten unos exquisitos completos con mayonesa y chucrut, con papas fritas a destajo y, por último, asomándose en el horizonte, unas tostaditas con mantequilla de campo y otras con palta —habló muy suelto de cuerpo, Gustavo.

- ¡Me parece una excelente idea! ¿No crees, mi amor?
- Por favor, Tránsito Antonia, tome nota de este pedido para cumplirlo a cabalidad a la hora de onces –ordenó entusiasta don Diego.
- ¡Qué niños más entretenidos! Creo que a nosotros Diego, nos hace mucha falta soltar carcajadas a diestra y siniestra y echar la talla, como dice tan simpáticamente José Miguel –agregó doña Trinidad.
- Para iniciar este proceso, le ruego mi querida Trinidad, que, por favor, se desprenda de todas esas cositas que le cuelgan y aproveche de ponerse una ropita más cómoda. Yo haré lo mismo –remató el empresario.

Los dos niños maliciosos, rieron de sobremanera por la solicitud hecha a su esposa por don Diego. Eso sí, lo hicieron con labios blindados, para esquivar quizás, la primera tarjeta amarilla de doña Tránsito Antonia.

La pareja llegó vestida de forma más casual, como ameritaba la espléndida ocasión. Ellos comenzaron tímidamente a acariciar la cabecita de los mozuelos, imaginando que eran los hijos de su único descendiente. Abundancias de lágrimas lentas al principio, raudas después, bajaron sin control, como río desbordado, sobrepasando los rostros marchitos de los ancianos.

José Miguel, tirado de nervio y pena, inteligentemente, y para calmar a la señora de tan diferente aspecto a las que acostumbraba a ver en el campamento, se acurrucó con inusitada ternura en su regazo.

Gustavo barrió con sus manos de niño sin malicia, las lágrimas asomadas de los ojos gastados de don Diego.

Tan tenso estaba el ambiente que José Miguel, inquieto por las lágrimas de los contratantes, y no sabiendo qué realizar en ese momento, emerge un grito estremecedor:

- ¡Un, dos, tres, momia es! Los cuatro al instante, quedaron tal como se encontraron. La señora Trinidad no soportó por mucho tiempo la quietud del mandato y contorneó muy a su pesar, su gastado andamiaje.
- Perdió.
- ¡Penitencia, penitencia, penitencia!

A don Diego, se le ocurrió la magnífica idea que la pena de doña Trinidad, fuera la imitación del grito de Tarzán. Los tres clavaron sus ojos en ella buscando respuesta. Ella no se hizo esperar y emitió seguidas veces el grito, no convenciendo a nadie. Más ella, no les hizo ningún juicio continuando feliz su imitación. Todos reían. Don Diego la imita. Los cuatro continúan la algarabía, imitando al unísono, el clásico grito del susodicho.

Tránsito Antonia se asomó por el salón. No podía creer lo que estaba mirando, abriendo tamaños ojos, asombrada de sobremanera. La señora Trinidad continuaba como loca de patio, imitando al hombre del taparrabo. Don Diego para no ser menos, comenzó a saltar de sillón en sillón, luego, se balanceó de una cortina a la otra, imitando al hombre de la selva, cortaplumas al cinto, perdiendo peligrosamente el equilibrio. Menos mal que se enterró en un mullido sillón de felpa francesa de tres cuerpos.

La señora y los niños rieron de sobremanera al verlo caer. Tránsito Antonia se encuentra aterrada y preocupada por sus patrones.

José Miguel, encantado por el juego de don Diego, lo imita volando de cortina en cortina. Gustavo siguió el juego. El mayordomo solterón se santigua tres veces seguidas.

La señora Trinidad, aburrida del pilucho de la selva, comenzó a remedar a la Mona Chita. Don Diego se convierte ahora en un león salvaje. Los contratados, convencidos de que ahora son monitos, se encaramaron por las finas lámparas de la habitación. Don Diego al verlos, olvidó completamente su personaje anterior instalándose en el acto un sombrero de cazador, y cogiendo una escoba, hizo como que los apuntaba. Cuando afinó bien el ojo, les disparó una andanada de tiros. Los monitos continuando con la

jugarreta, huyeron despavoridos hacia las diferentes habitaciones de la casa, mientras don Diego los seguía feliz, a punta de escopetazos.

La señora Trinidad siguió de lo más entusiasmada y contenta con su papel de Mona Chita. Los monitos ahora disputaban un plátano, sobre una espléndida mesa de mármol.

Término del primer juego. Los contratantes jadeando a punto de un soponcio. Se derrumbaron cuan largos eran en sus cómodos sillones. Tránsito Antonia, asustadísima, aprovechó de servir unos reparadores vasos de jugos de naranja con zanahoria a sus dos patrones chiflados y a los monos niños. Jolgorio general. Primer acto. Bajaron cortinas. Los patrones cansadísimos durmieron lo que restó de la mañana.

Un almuerzo cargado a la gula congratuló a los nietos postizos. En cambio, los patrones comieron reposadamente unas esmirriadas lechuguitas untadas en aceite de oliva. De postre, magnificas porciones de sandía. La distinguida señora Trinidad, inició de repente y sin decir agua va, la guerra de las consabidas pepas. Todos contra todos. Como aumentó la intensidad de la lucha, comenzaron a lanzarse enormes trozos del delicioso fruto. Don Diego de puro gusto, embetunó el rostro de su señora. Ella en cariñosa respuesta, restregó sandía repetidas veces, en la brillante calva de su esposo. Juntos concurrieron a observarse al espejo del salón. Carcajada general. Tránsito Antonia y el mayordomo con un nudo en el corazón. Siesta de los patrones. Los niños hicieron uso de la piscina. Los patrones durmieron profundamente esa tarde.

El mayordomo preparó, por si acaso, un botiquín de emergencia. Tránsito Antonia, suspiró pensando en su jardinero amado y fue a verlo.

Término del primer día laboral.

Segundo día. De acuerdo con lo planificado por los abuelitos postizos, correspondía el juego de la fabricación de barquitos hechos con hojas de diario. Cuando los terminaron se dirigieron hacia la piscina, para iniciar la gran competencia. Cada uno

debía remolcar su propio barquito a punta de soplidos, el que llegara primero a la otra punta de la piscina, ganaba.

A la orden del mayordomo, todos al agua. Soplaron entusiasmadísimos sus barquitos de papel. Cuento corto, ganó Gustavo; segundo, José Miguel. Empatando a mucha distancia de José Miguel, doña Trinidad y don Diego.

A ellos no les importó en lo más mínimo ser perdedores. Estaban en otra onda. De puros aireados que estaban comenzaron con la cantinela de estamparse besitos de abuelitos chochos en sus boquitas. Sintiéndose cómplices enrollaron su amor como carrete de pescador. El mayordomo se ruborizó. Fue una mañana de nado y pataleos varios en la piscina. Doña Trinidad y don Diego se divertieron a rabiarse, con las maromas, chinas y piqueros de sus nietos.

Almuerzo y siesta. Los niños nuevamente a la piscina.

Los enamorados no podían conciliar el sueño. Eran muchas las emociones vividas en poco tiempo, alojadas en los pliegues del corazón. Se levantaron con un esfuerzo sobrehumano, invitando a los nietecitos nadadores a recorrer el caserón. Describieron detalladamente cada mueble y objeto hermoso que adornaba la regia casa. Los niños maravillados, contemplando tantos muebles y objetos tan preciosos, totalmente desconocidos para ellos. Mentalmente agradecieron la oportunidad otorgada por la buena de la Tránsito Antonia y de la abuelita Bisagra, como ellos llamaban a la Marujita, cuando se encontraban lejos de ella.

Término del segundo día laboral.

Tercer día. José Miguel propuso iniciar la mañana con el siguiente ejercicio poético: “que creemos o imaginemos un objeto, un animal, una persona, un árbol, un electrodoméstico, un mueble, una casa, o cualquier cosa que se nos venga a la cabeza y le asignemos como una metáfora”.

El resto de los convocados, lo encontraron difícilísimo; pero, como nadie más propuso otro juego, se vieron en la necesidad de aceptarlo. Concordaron que el plazo máximo de entrega sería a las doce en punto. Se diseminaron briosos, jubilosos por las

numerosas habitaciones de la residencia, visitando invernadero, garaje y hasta el taller de don Diego, amalgamados por una extraña mezcla de agente policial, con el hermoso lenguaje de los que escriben con el alma.

Tránsito Antonia atenta a las instrucciones y aunque no la invitaron a participar, creó la siguiente metáfora a las once y media de la mañana, dedicada a su amor que no quería deshojarla: “Un jardinero es un estilista arrepentido, que poda con esmero, rosas, hortensias y madreselvas”.

A la hora señalada, José Miguel, verborrea su acertada alegoría: “Un árbol, es un gran hotel de pájaros”.

Los contratantes lo aplauden alabando su agudeza e ingenio. Gustavo conociendo de antemano que la metáfora no le pertenecía, optó por dirigir su mirada hacia otro lado. El segundo fue don Diego. Despachó risueñamente, con rostro de niño mimado, la siguiente ternura: “Las palas mecánicas, no son más que la unión de muchas manos remando entusiastamente hacia un mismo lado”.

No sé por qué diantres sucedió, pero lo cierto es que, al terminar de exponer su trabajo, todos a una, y sin convocarse en lo más mínimo, enlazaron sus manos e imitaron el movimiento de una gran pala mecánica.

La distinguida Trinidad, para no ser menos, acotó risueña: “La cocina de mi casa se transforma cuando cocino, en una fábrica de continuos y deliciosos aromas, que van lentamente entreabriendo el apetito de las nubes”.

La vitorearon largamente.

Para el final, dejaron a Gustavo: “El tren, es un gran conjunto de muchos pueblos trasladados, y vueltos a llegar”. Todos felicitaron a Gustavo por su genial ocurrencia de pueblos que van y pueblos que regresan.

El mayordomo impresionado por el tenor alcanzado por las cuatro metáforas cerró sin darse cuenta la persiana de sus ojos y trasladándose a la educación básica de su querido colegio, cuando los docentes lo animaban a declamar en voz alta y frente a todos sus compañeros, la famosa poesía “A Margarita Debayle”, del poeta Rubén Darío.

Sin tener la más mínima conciencia de lo que estaba haciendo, recitó con voz fuerte y clara las dos primeras estrofas:

*Margarita está linda la mar,
y el viento*

*lleva esencia sutil de azahar;
yo siento en el alma
una alondra cantar;
tu acento.*

*Margarita, te voy a contar
un cuento.*

*Este era un rey que tenía
un palacio de diamantes,
una tienda hecha del día
y un rebaño de elefantes,
un kiosco de malaquita,
un gran manto de tisú,
y una gentil princesita,
tan bonita,
Margarita,
tan bonita, como tú.*

El salón se llenó de un blanco silencio. El ritmo cadencioso del poema los transportó como en un silbo apacible, a un sereno mar verde turquesa, a un divertido viento que despeinaba constantemente el pretencioso moño de los árboles, a palacios atiborrados de regias piedras, encimado en una montaña con las más diversas tonalidades del arco iris, a tranquilos rebaños de elefantes en busca de sosiego y paz, y a una linda princesita reflejada en cada mujer viva, madre, esposa, hermana e hija.

Al finalizarla, un ruborizado mayordomo huye despavorido del lugar avergonzado de su propia imprudencia.

Hora de almuerzo y obligado descanso para unos abuelitos ansiosos de dar y recibir arrumacos. Serán ellos quienes dirigirán la actividad de la tarde.

Ambos compañeros de la vida citaron a los niños a conocer a su familia, revisando para ello, numerosos y ordenados álbumes fotográficos. Los dueños de casa 19 abrazados tiernamente se convirtieron en una catedral de suspiros y miradas cómplices, evocando tiempos pretéritos, descargando lágrimas de contentamiento y otras de profunda tristeza, al contemplar a su único heredero malgrado por la insensatez.

Término del tercer día laboral.

Cuarto día. Proposición de doña Trinidad: mañana de regalos. Las reglas fueron las siguientes:

- No utilizar dinero.
- Puede ser un regalo espiritual o material.
- Realizarse con sus propias manos.
- Ponerse en los zapatos del que lo recibe.
- No ostentoso.
- No opacar los otros regalos.
- Entregarlos con amor y corazón sincero.

Qué fácil y tan difícil a la vez. Eran tres regalos que se debían preparar de acuerdo con esas atinadas instrucciones, pensaron todos.

Don Diego meditó largamente en cómo agradar al cien por ciento a su alma gemela por tan largos y cortos sesenta años.

Aún, con tanto tiempo junto. ¿La conocía realmente? ¿Conocía sus colores preferidos? Es cierto, muchos obsequios le habían regalado. ¿He acertado, alguna vez?

Después de reflexionar mucho, don Diego comenzó a fabricar su propio papel de regalo. Amontonó bastantes hojas de diarios viejos, para garabatear en ellas corazones de

diferentes tamaños y colores. Luego, envolvió completamente su cuerpo en esas hojas pintadas, semejando un regalo. Se instaló como cinta, una hermosa rama de una enredadera de jazmines, arrancada del jardín de la casa. Cuando estuvo listo se dirigió donde su Trinidad, para entregarse completito, feliz, como el mejor obsequio que le podría entregar a su amada esposa.

Ella había esperado ese regalo por largo tiempo. A su Dieguito, vivito y coleando. Ahora sí, era completamente suyo, no le pertenecía a nadie más. Don Diego había menguado hasta diluirse completamente en el tiempo y en el espacio, alineándose completamente con su Trinita Pili, como le runroneaba en sus orejitas en la intimidad. Ahora, eran solo uno.

Sin poder evitarlo, don Diego, desgranó sollozos retenidos por tanto tiempo en los pliegues de su alma. De rodillas, solicitó perdón a su mujer:

- Porque, amorcito mío, recién hoy me doy cuenta, de que en todos estos años no me entregué enteramente a ti, por mis torpes miedos de perderte, porque pensaba que no te merecía, porque la vida no me enseñó a lanzarme sin paracaídas y sin medir consecuencias.

Ella lo abrazó tiernamente. Todos lagrimeaban. Don Diego se dejó querer. Ella lo intuía desde siempre, desde que su Dieguito le declaró su amor en aquella tarde de sol y nubes, jugando cuando niños al pillarse. Ahora, él, era ella; ella, era él.

El mayordomo atinadamente elevó el volumen de la marcha nupcial. Se abrazaron todos, incluidos Tránsito Antonia y el mayordomo. Todos son uno, uno son todos.

Después de esta conmovedora escena, don Diego guio a los niños de la mano, a las tres inmensas jaulas de pájaros que poseía, y una a una, fue liberando picaflores, canarios, pájaros carpinteros, tencas, chercanes, loicas, martines pescadores, bandurrias, codornices, loros y otras hermosas especies.

Con la voz entrecortada en un hilito, abrazándolos, argumentó:

- Esto que he hecho hoy con mis amados pajaritos, es lo que ustedes han provocado en mí. Desde ahora no me aferraré a pertenencia alguna. Ustedes son

mis liberadores. Mi regalo para mis grandes nietos es la libertad de todos mis pajaritos, y mis muchísimos temores que tanto daño han hecho a mi vida.

Lagrimearon todos, todos lagrimearon.

Doña Trinidad le había preparado a su compañero de ruta, algo tan simple y decididor. Lavó los pies de su marido, en señal de amor, agradecimiento, complicidad y enaltecimiento. Si Jesús lo hizo. ¿Quién soy yo, para no realizarlo?

Don Diego la sintió totalmente suya, como un regalo inmerecido; la amó más que nunca y le respondió lleno de lágrimas: —gracias, gracias, mil gracias.

Se agregaron en una lagrimeada de suspiros acuosos Tránsito Antonia, y el mayordomo.

Doña Trinidad les entregó una multitud de fotos a José Miguel y al Gustavo, tijereteadas con amor y desesperanza, donde aparecía su único hijo, para que las incineraran en una gran fogata. Concluida esta acción, les regaló su liberación, su rebeldía al dolor, su pararse erguida y la aceptación para siempre de la muerte de su único hijo.

Estaban unánimes, contentos y emocionados por la liberación de doña Trinidad. Los nuevos nietos, sin serlos, por los hechos vividos, ahora lo eran, transformándose en verdaderas extensiones de ambos. Ante esta preciosa ceremonia de liberación, Tránsito Antonia no conteniéndose procedió a solicitarle perdón al mayordomo. Ambos se perdonaron.

Ese fue su regalo. Los liberaron y se liberaron. Arrojaron inútiles y falsos contratos humanos, de sometimiento de poderosos a sometidos, de sometidos a poderosos, para vivir la ley del amor.

José Miguel regaló a Gustavo dos palitos atravesados por un clavo de acero, y le dijo:

- Este clavo que no se oxida y que une estas dos maderas, sella para siempre nuestra amistad.

Sollozaron, todos, todos sollozaron.

Gustavo obsequió a su amigo, un simple algodón empapado con su propia sangre agregando en un murmullo de voz:

- Mi vida si es necesario por ti, hermano, amigo mío –apenas se le entendió.

Los dos niños se unieron para hacerles un solo regalo a sus abuelitos postizos: Consistió en situar delicadamente sobre sus delicadas cabezas una corona de rey y otra de reina, para investirlos como tales, simbolizando su gran triunfo sobre la vida.

Por la tarde, unánimemente acordaron descanso, pero con la única condición de que este debía ser creativo y productivo.

Don Diego y su esposa se dedicaron dichosos al jardín, mientras que los niños brillaron los zapatos de sus contratantes, lavaron sus autos con esmero y dedicación, aprovechando también de mojarse a su regalado gusto. Finalizada la tarea, introdujeron en su interior paquetes de lavanda y otros con hojitas de eucaliptos, con el propósito de agradar las naricitas de sus nuevos amigos, que, a decir verdad, eran niños solo con una edad más larga.

Término del cuarto día laboral.

Quinto y último día laboral de la primera semana. Después del apetitoso desayuno, la sobremesa no pudo detenerse. Obligados fueron los comentarios de lo que había sucedido en la semana. No se daban ni cuenta de que todos disputaban la palabra al mismo tiempo. Formaban un solo cordel, compuesto por cuatro hebras unidas, jubilosas y libres.

Como cuatro cómplices llegaron a la hora del almuerzo de la misma forma, no realizando ningún amago de levantarse. Entonces, Tránsito Antonia los llevó a la misma, una exquisita palta reina, de fondo, un contundente plato de porotos granados, acompañados de una exquisita ensalada de tomates con cebolla, otra de palmitos y de postre, tres variedades de helados.

Tarde de siesta para los abuelitos enamorados. Los actores de nieto nuevamente disfrutaban la piscina. En lo que quedó de la tarde vieron películas los cuatros juntos tomados de las manos.

Segunda semana.

Primer día. Los abuelos agendaron por la mañana una visita al zoológico. Partieron felices con chofer y todo al Cerro San Cristóbal.

Los dos enamorados dichosos, como rosario de noticias buenas. Los amigos, al llegar, comenzaron prontamente a tutearse con los monitos, los pavos reales, las jirafas, las cebras y cuanto animal les cerrara el ojo izquierdo o le hiciera alguna gracia. Los enamorados del amor siguieron untándose sus gastados labios, por cada jaula recorrida.

Por la tarde, visita a la casa del famoso Pablo Neruda. Los reencontrados encontraron estupenda la idea de las iniciales P y M, (Pablo y Matilde) ubicadas en las protecciones de las ventanas. Aplaudieron de pie, esos fierros traspasados de amor. Continuaron el recorrido a trompita parada por los cuartos del vate del amor y la oda al caldillo de congrio. En lo que restó de tiempo, se aproximaron al distinguido barrio Concha y Toro, ubicado en el centro de Santiago.

Término del primer día laboral.

Segundo día. Por la mañana, visita al turístico Cajón del Maipo, para saborear la exquisita pastelería alemana de un conocido café del Melocotón, atendido por sus propios dueños: una pareja de bibliotecarios en receso. Por la tarde, alcanzaron los baños termales Colina, donde los abuelos enlodaron a su gusto, sus cuerpos marchitados, y se sumergieran tantas veces como quisieron, en esas aguas subterráneas hirviendo sin descanso. En cambio, los niños prefirieron unas piscinas más temperadas para realizar sus acostumbradas maromas.

Término del segundo día laboral.

Tercer día. La unión es total, un solo cordón. Comienzan a echarse de menos anticipadamente. Guardan silencios sagrados. El parlotear como cotorra sin sentido, no edifica. Cuando el amor está clavado con recios clavos para durmientes en el alma y en las manos, entonces soy todo tuyo, se decían sin verbalizarlo.

En esa hermosa mañana, canturrearon, se observaban con reverencia. Se palpaban continuamente demostrándose afecto. Se saludaron reiteradas veces, charlando brevemente, respetando el tiempo y espacio del otro.

Danzaron esos sonidos únicos, que la naturaleza brinda en raras ocasiones, a aquellos que están alineados en el momento justo con ella.

Todo es amor, amor es todo.

Por la tarde jugaron a las damas, tablero chino, lota, ludo, y al gallito, los varones.

Término del tercer día laboral.

Cuarto día. Acecha como cáncer la fatal y cruel despedida. Solo queda un día. Encogida se encuentra el alma de todos.

- ¿Lograremos, seres finitos como nosotros, eliminar alguna vez y para siempre, estos finales angustiados, no llamados ni reclamados por nadie, antes de que estos desemboquen en la cruda realidad? —susurraba en voz alta, don Diego.

Menos mal que a José Miguel se le ocurrió una genial idea: propuso una guerra de tomates total, todos contra todos, sin tregua ni bolita salvadora.

La idea prendió como pasto seco.

- Tenemos que evitar a toda costa pensar en la despedida —arengó doña Trinidad.

Nunca habían gozado tanto la vida simple, como esa mañana, los enamorados del amor.

Se propinaron tantos tomatazos, como sus gastadas fuerzas lo permitieron. Estilaron jugo, rieron, rodaron por los pastos primaverales.

Los cuatro abrazaron con todas sus fuerzas a un sorprendido mayordomo y a la misma circunspecta Tránsito Antonia, para terminar, lanzándose con ellos a la alberca tal cual estaban.

La algarabía era general.

A la hora de almuerzo, Tránsito Antonia, los llamó a la cordura y al orden, con una sabrosa sopa de cebolla, un salmón preparado como lo hacen en la Isla de Chiloé, junto a ensaladas de todos los colores. Finiquitó con un regio buffet de postres dulces y salados.

Los abuelitos con tanta agitación asumida dormitaron en la misma mesa, mientras que los infantes aprovecharon el tiempo jugando a las escondidas en la espaciosa casa. Cuando se aburrieron, escalaron árboles centenarios que los invitaban a descubrirlos.

Por la tarde, presentación de los nietos amigos a los familiares de ambos. Los abuelitos, después de esos días de trabajo, eran paz envolvente, alegría de vivir, con capacidad de apañar y dar consuelo, de otorgar y recibir perdón, y dar sonrisas en el círculo virtuoso de la vida.

—¡Sí se puede! ¡Amen a sus novias, a sus esposas, a sus compañeras, amen a todos, es lo mínimo que podemos hacer! —Don Diego lanzó al aire, su nuevo grito de guerra.

Término del cuarto día laboral.

Ultima jornada laboral. Despedida definitiva. Cuando en la mañana los mozalbetes ingresaron al salón principal de la mansión de los Larraín Undurraga, se encontraron de frente y sin previo aviso, con unos caballeros secos como cuero de lagartijas, y tan serios, como esas estatuas olvidadas de los cementerios. Vestían con pulcritud, aferrados con dientes y muelas, a unos maletines que parecían contener sus propias vidas, apoyados entre sus piernas cansadas.

Don Diego presentó con la seriedad que ameritaba a cada personaje instalado en el salón principal. Luego, hizo lo mismo con ellos. Sin comentarles por qué estos señores tan almidonados se encontraban ahí.

Los nuevos nietos tenían un gran signo de interrogación sobre sus cabezas. A continuación, el abogado de mayor rango inició la lectura del testamento que se divisaba largo como viento sin dirección. Menos mal que doña Trinidad, le detuvo.

- Por favor, no de lata fiambre a los niños. Lea solamente lo que le indicamos. Muchas gracias.
- Antes de que usted comience a leerlo, yo, Diego Larraín García, en persona, quiero manifestarles a los presentes que, desde alrededor de unos diez años, más o menos, con mi distinguida esposa aquí presente, venimos dándole vueltas a lo

que hoy por fin vamos a concretar. Esto es, desprendernos de nuestras pertenencias materiales, absolutamente todas. ¿No es cierto, amada mía?

- Sí, mi vida, para nosotros niños y caballeros, este es un día absolutamente de primerísimo gozo y liberación.
- Por favor señor, continúe con lo que nos convoca hoy —finalizó don Diego.

El abogado, notoriamente perturbado, comenzó a desgranar el choclo:

- Don Diego Larraín García y su distinguida esposa, Trinidad del Pilar Undurraga Echaurren, vienen en ceder todos sus bienes a las siguientes fundaciones, organizaciones y personas naturales:
 - Fundación para reencontrarse con la simpleza, la armonía, y la felicidad.
 - Sin dejar de lado, una organización no gubernamental, innovadora aún para estos tiempos, que no ha perdido vigencia, y que debemos revitalizar inmediatamente a nivel nacional, “Mujeres, un canto a la libertad”. Creada por unas comprometidas luchadoras de la toma de terrenos, “América Unida”.
 - Para nuestra leal Tránsito Antonia, ordenamos que inicie un hostel en nuestra propiedad de Pucón, para que asegure su economía.
 - Como sabemos que nuestro mayordomo dispone casa propia, ordenamos que se le adquiera una segunda vivienda de descanso, con todas las comodidades necesarias, donde nuestro fiel servidor estime conveniente.
 - Para aquellos trabajadores nuestros, que aún se encuentren cancelando dividendos hipotecarios, mandamos que se les entregue un bono de ayuda por el cincuenta por ciento del total de la deuda, para liberarlos de esa angustiante y extenuante carga.
 - Que nuestras tres casas de veraneo ubicadas en la quinta región sean abiertas de par en par para las personas de la tercera edad, gratuitamente, con el único requisito, que, para hacer uso de ellas, sea el dejar los achaques y malas ondas existenciales en el basurero ubicado en la entrada

de cada una de ellas. Además, queda estrictamente prohibido en ellas, comentar enfermedades, quejarse y apocarse, porque sí.

- Cúmplase nuestra última voluntad, que, al término de nuestras vidas, esta nuestra casa, se convierta en un asilo de ancianos para los más carenciados de la capital.
- Y nuestras acciones y todo lo que pueda convertirse en dinero, vaya en ayuda para colaborar en el fomento de la lectura en la educación inicial, básica, media y universitaria del país.

Una vez terminada la lectura, don Diego y su esposa se dirigieron al dormitorio principal, para mudar sus ropas, por un simple overol de obrero.

Total —filosofaron— como estamos pronto para partir, el amor que nos tenemos es más que suficiente para vivir y nos sobra.

Una vez terminada la ceremonia mandaron cargar un camión con sus muebles, línea blanca, ropa de cama y un largo etcétera, con destino al campamento donde residían Tránsito Antonia y sus nuevos nietos.

Por último, los ancianos ordenaron cancelar los sueldos a todos sus trabajadores, incluyendo a sus nuevos nietos.

El resto de la tarde la pasaron abrazados, unidos como cordón de plancha, satisfechos, rechonchos de alma.